

Homilía de Todos los Santos

Año litúrgico 2013 - 2014 - (Ciclo A)

“Qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos”

Introducción

La fiesta de hoy es una fiesta de la alegría, del optimismo y de la esperanza. De la alegría, porque celebramos el triunfo y la gloria de esa multitud innumerable de personas que ya gozan de Dios y, al mismo tiempo, desde Dios siguen en contacto con nosotros como intercesores y como estímulo de vida. Ellos son el mejor fruto de la Pascua de Cristo, y quieren vernos a nosotros también asociados a su triunfo.

Del optimismo, porque nosotros lo mismo que ellos, siendo fieles al Espíritu Santo, podemos llegar a la meta, a nuestra plenitud en Dios y gozar eternamente de su gloria y de su paz.

De esperanza, porque ellos fueron hombres y mujeres como nosotros que, viviendo su vida ordinaria al ritmo de la voluntad de Dios, en circunstancias a veces mucho más difíciles que las nuestras, pudieron alcanzar la misma santidad a la que todos estamos llamados.

Es, además, una fiesta que, asociada en la liturgia y en la tradición a la conmemoración de los fieles difuntos, nos ofrece la oportunidad de recordar a los seres queridos que nos han dejado y de encomendarles a los ya glorificados, a los santos. Con ellos, todos forman la nueva humanidad convocada en el Cielo para una eternidad dichosa. Y, con unos y otros, nosotros en este día somos invitados a vivir y celebrar “la comunión de los santos”.



Fr. Marcos Ruiz Arbeloa
Convento de Sto. Tomás (Ávila)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Apocalipsis 7, 2-4. 9-14

Yo, Juan, vi a otro ángel que subía del oriente llevando el sello del Dios vivo. Gritó con voz potente a los cuatro ángeles encargados de dañar a la tierra y al mar diciéndoles: «No dañéis a la tierra ni al mar ni a los árboles hasta que sellemos en la frente a los siervos de nuestro Dios». Oí también el número de los sellados, ciento cuarenta y cuatro mil, de todas las tribus de Israel. Después de esto vi una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y delante del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos. Y gritan con voz potente: «¡La victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero!». Y todos los ángeles que estaban de pie alrededor del trono y de los ancianos y de los cuatro vivientes cayeron rostro a tierra ante el trono, y adoraron a Dios, diciendo: «Amén. La alabanza y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y el honor y el poder y la fuerza son de nuestro Dios, por los siglos de los siglos. Amén». Y uno de los ancianos me dijo: «Estos que están vestidos con vestiduras blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido?». Yo le respondí: «Señor mío, tú lo sabrás». Él me respondió: «Estos son los que vienen de la gran tribulación: han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero».

Salmo

Salmo 23, 1-2. 3-4ab. 5-6 R/. Este es el grupo que viene a tu presencia, Señor

Del Señor es la tierra y cuanto la llena, el orbe y todos sus habitantes: él la fundó sobre los mares, él la afianzó sobre los ríos. R/. ¿Quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién puede estar en el recinto sacro? El hombre de manos inocentes y puro corazón, que no confía en los ídolos. R/. Ese recibirá la bendición del Señor, le hará justicia el Dios de salvación. Este es el grupo que busca al Señor, que busca tu rostro, Dios de Jacob. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 3, 1-3

Queridos hermanos: Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no lo conoció a él. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es. Todo el que tiene esta esperanza en él se purifica a sí mismo, como él es puro.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 5, 1-12a

En aquel tiempo, al ver Jesús el gentío, subió al monte, se sentó y se acercaron sus discípulos; y, abriendo su boca, les enseñaba diciendo: «Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo».

Pautas para la homilía

Somos hijos de Dios.

“Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos, pues lo somos” (1ªLectura). Esta es la idea que más repite San Juan en sus cartas, que somos hijos de Dios y objeto de su amor de Padre. Pero esto hay que entenderlo bien. San Pablo dice que “somos hijos en el Hijo”(Ro.15, 15-16). Por el don de su Espíritu, en el Bautismo, hemos sido hecho hijos por adopción y con el mismo derecho que él a llamarle Padre (Gal.4, 4-7; Ef. 1,5). Todas las creaturas, por haber sido creadas por Dios, por haber recibido de El la existencia, pueden llamarle Creador, Autor, Señor. Pero padre sólo se puede llamar a alguien de quien se ha recibido no sólo la existencia, sino la sangre, la esencia, la naturaleza. A Dios sólo le puede llamar Padre con todo derecho y en verdad su Hijo que, encarnado, fue Jesucristo. Y, con Jesucristo, y con el mismo derecho que él, por el don de su Espíritu, de su gracia, de su misma vida divina, pueden llamar Padre a Dios los que han recibido este don, que Dios Padre quiere que sean todos los hombres.

En consecuencia, Dios a todos sus hijos quiere darles la herencia de su Hijo: la resurrección y vida eterna (Ro.8, 17; Gal. 4, 7). Desde la contemplación de este “tremendo misterio”, todos los bautizados hemos sido hechos santos por el Espíritu Santo que se nos ha dado. El Bautismo es un nuevo nacimiento, una transformación de nuestro ser (algo ontológico). De ahí que también deba haber, un nuevo obrar, una vida nueva en los bautizados (algo dinámico). Los santos, hombres y mujeres beatificados y canonizados cuya memoria hoy celebramos, en sus vidas han llevado a su plenitud su Bautismo, la santidad original que les fue dada. Por eso se nos proponen como modelos de vida, de santidad.

Llamados a la santidad.

La llamada a la santidad es común para todos los bautizados, sea cual sea su estado de vida (Vat. II, I. 11 y 39). Y, hablando de la santidad, el evangelio de hoy no nos permite perdernos en añoranzas y consuelos demasiado espirituales y ultraterrenos. Al contrario, nos remite al realismo de la vida, al terreno de las Bienaventuranzas, que vivió Jesús primero, y como Él los santos que trataron de seguir sus pasos.

Las Bienaventuranzas en boca de Jesús son fórmulas breves de tono profético, que anuncian la llegada del Reino previsto por Isaías. El profeta veía en los pobres, los hambrientos y los oprimidos los destinatarios de la Salvación. Dios viene realmente y viene gratuitamente. En los pobres, que no tienen nada con qué pagar, se manifiesta más claramente la gratuidad del don de Dios, de la Salvación. Mateo coloca el discurso de las Bienaventuranzas en el contexto del Sermón de la Montaña, dirigido a los pobres, a los pequeños, a los seguidores de Jesús, que buscan primero su Reino y de los que es el Reino. Las Bienaventuranzas no son simples consejos, son la Nueva Ley, la Carta Magna del Reino iniciado en y por Jesucristo . El Monte donde las proclama Jesús (o las sitúa Mateo) recuerda al Monte Sinaí, donde Moisés recibió de Dios la Antigua Ley. Los destinatarios recuerdan a los pobres de Yahvé (los santos del A.T.), que siguieron las pautas de la Primera Alianza. La visión que Mateo ofrece de la Bienaventuranzas es más una profundización espiritual y moral del Evangelio. Lucas, por el contrario, propone una interpretación de la Bienaventuranzas a la luz de las enseñanzas de Jesús sobre la pobreza y el empleo de las riquezas. Ambas versiones, bien interpretadas, se complementan, son incluyentes.

Cuando se vive en la gratuidad y se recibe el Don de Dios, el Reino, la Salvación como gracia; cuando este Don se valora y se experimenta como lo supremo, lo verdaderamente necesario y fundamental, entonces se puede vivir aquí ya la bienaventuranza y aspirar a su plenitud en Dios. Entonces es posible el amor, el compartir, hacer de lo más pasivo (la pobreza, la no violencia, la simplicidad de corazón) lo más activo (amor confiado y tenaz, amor al prójimo hasta el extremo, la lucha no violenta por la justicia). Entonces es posible transformar la ineficacia e impotencia en sabiduría de lo esencial (la libertad interior y la vida teologal). Entonces se puede convertir el llanto y el sufrimiento en consuelo y paz, se puede hablar de misericordia y limpieza de corazón y hasta la persecución y la muerte pueden ser caminos de vida. Pero esto sólo es posible de verdad desde el Don de Dios, con el Espíritu Santo derramado en nuestros corazones (Ro.5,5), so pena de hacer de las Bienaventuranzas unas proclamas de cualquier otra revolución. El Reino de Dios es justicia y es paz, es revolución y no violencia, es empeño del hombre y obra de Dios. Así lo entendieron y lo vivió Jesús y sus mejores seguidores, los santos. Así somos invitados nosotros al mismo seguimiento. De esta manera, viviremos la comunión de los santos, la comunión de vida con ellos.

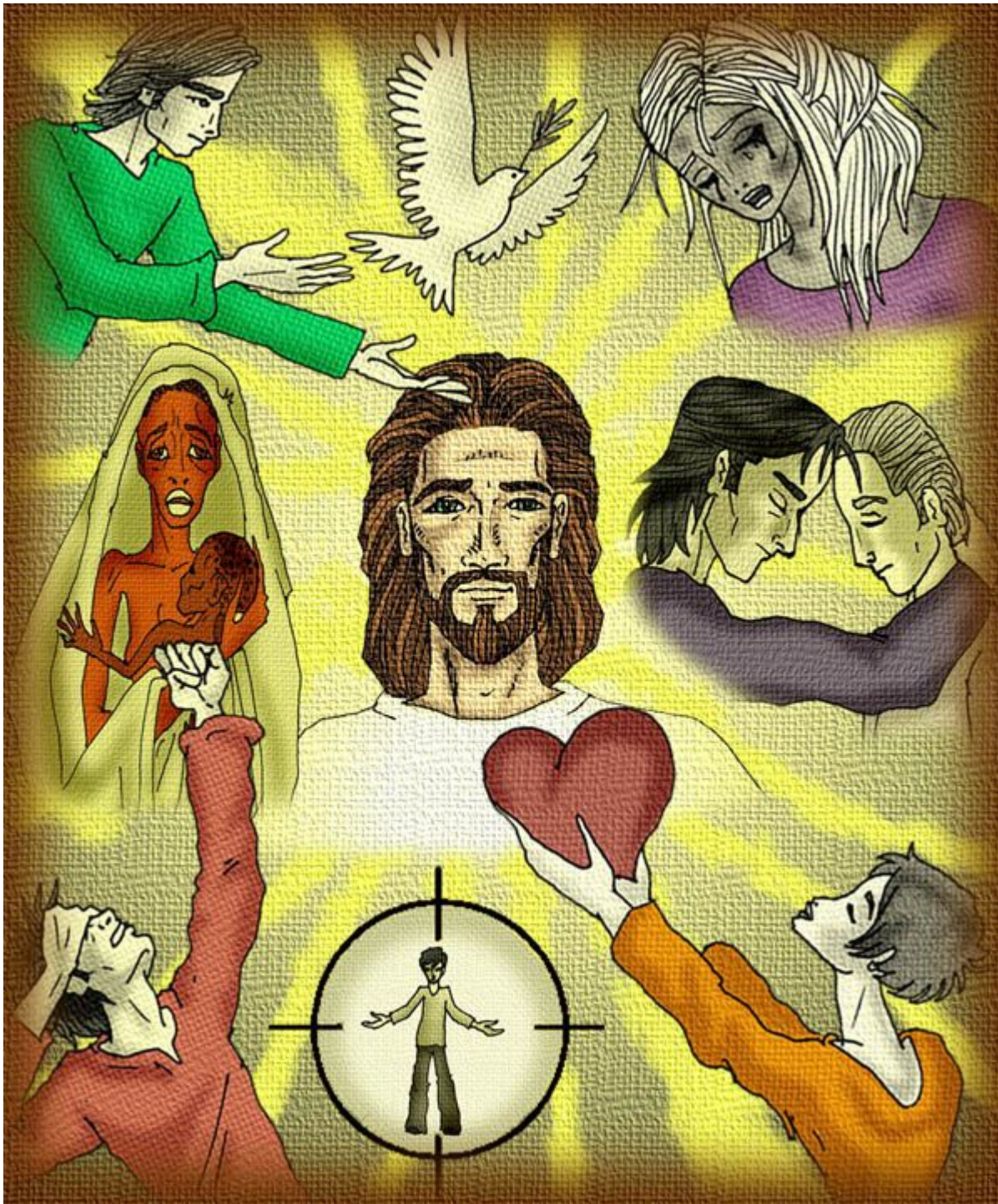
Eucaristía y comunión de los santos.

En cada Eucaristía recordamos a los santos, deseando seguir su camino aquí en la tierra y compartir después la herencia definitiva con ellos en el Cielo. Les invocamos al comienzo de la celebración en el “yo confieso”, y nos sentimos unidos a ellos sobre todo en la Plegaria Eucarística. En la 1ª plegaria decimos: “veneramos la memoria, ante todo, de la gloriosa siempre Virgen María... y la de todos los Santos: por sus méritos y oraciones concédenos en todo tu protección”. Como ellos lo hicieron tantas veces, nosotros comemos también el Pan de la Santidad, para vivir en nosotros la Pascua de Jesús o, mejor, para dejar que Él la viva en nosotros.



Fr. Marcos Ruiz Arbeloa
Convento de Sto. Tomás (Ávila)

Evangelio para niños



Las bienaventuranzas

Mateo 5, 1-12a

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo, al ver Jesús el gentío, subió a la montaña, se sentó y se acercaron sus discípulos; y él se puso a hablar enseñándolos: - Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos. Dichosos los sufridos, porque ellos heredarán la tierra. Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados. Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados. Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos se llamarán "los hijos de Dios". Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos. Dichosos vosotros cuando os insulten, y os persigan, y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo.

Explicación

En esta fiesta recordamos a todas las personas que desde el comienzo del mundo hasta hoy, han vivido con amor y cariño para todos, esforzándose por hacer felices a los demás. Esos son los amigos de Dios. Y le damos gracias a Dios en este día por todo el bien que a través de ellos hemos recibido. Ahora viven felices al lado de Dios Padre y nos esperan para reunirnos con ellos.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

LAS BIENAVENTURANZAS - " Todos los Santos"

Niño: Maestro, mira cuánta gente ha venido a escucharte.

Niña: Quieren que les cuentes la Buena Noticia.

Niño: Seguro que tu mensaje es para ellos una novedad.

Niña: Y tú hablas muy, pero que muy claro.

Niño: Sí, tan claro, que algunos se tapan los oídos.

Niña: Y es que los mensajes de su mundo son diferentes, Maestro.

Niño: Se van a sorprender cuando digas quiénes son para ti los más dichosos.

Niña: ¡Es que tienes cosas, Jesús! Te gusta ir contra corriente.

Niño: Pero así es el reino que tú anuncias y al que nos invitas, ¡qué se le va a hacer.

Niña: Además... ¡un reino es un reino!

Niño: Y tu Reino no durará como los reinos de la tierra. Durará toda la eternidad.

Niña: Quizá merezca hacer un esfuerzo, abrir bien los oídos y escucharte.

Niño: Maestro, ponte aquí en el centro, y habla alto, Maestro; que nadie pueda decir que no te oyó.

Jesús: Dichosos los pobres en el espíritu,
porque de ellos es el reino de los Cielos.
Dichosos los sufridos,
porque ellos heredarán la tierra.
Dichosos los que lloran,
porque ellos serán consolados.
Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia,
porque ellos quedarán saciados.
Dichosos los misericordiosos,
porque ellos alcanzarán misericordia.
Dichosos los limpios de corazón,
porque ellos verán a Dios.
Dichosos los que trabajan por la paz,
porque ellos se llamarán "los hijos de Dios".
Dichosos los perseguidos por causa de la justicia,
porque de ellos es el reino de los Cielos.

Niño: Maestro, somos tus discípulos, te seguimos a todos lados.

Niña: ¿No tienes algún mensaje especial para nosotros?

Jesús: Dichosos vosotros cuando os insulten, y os persigan, y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos. Vuestro premio será grande en el cielo.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández